

centradas en la familia. La unión conyugal no les era extraña, aunque no revistiera el alto carácter que adquiere en las edades de cultura. *Mé* (marido) *Tembirecô* (mujer-esposa), son voces de su lengua é indicios filológicos de sus ideas en esta materia. La falta de una voz genérica para denotar el matrimonio neutraliza la avanzada deducción, á que se prestarían las primeras sin este correctivo; pero no creo aventurarme mucho al asegurar que la tradición de familia excitaba impresiones delicadas y duraderas en su corazón. Las palabras guaraní *tubá* (padre) *haï* (madre) *overamoy etá* (antepasados) me sugieren esta opinión.

Creo inútil, como preliminar del curso, detenerme á describir las costumbres de los guaraní, en esos minuciosos detalles, simple complacencia de la curiosidad y descanso agradable para el historiador, de que nos aconseja huir la índole especial de nuestros comunes trabajos. Sólo sí me detendré por su importancia, para comprender ulteriores acontecimientos, ante la manera con que la tribu celebraba las deliberaciones solemnes, que afectaban grandes intereses generales.—Si había de deliberarse, por ejemplo, la ruptura de la amistad con gentes vecinas, congregábanse bajo el toldo de uno de los caciques los jefes amigos y los principales de las tribus. Dispuestas de antemano las bebidas fermentadas, que fabricaban, hacían honor á los obsequios de su huésped, con esa pasión por la embriaguez, tan común entre los salvajes.

En seguida tomaban en consideración el asunto que los reunía, y si decretaban la guerra, procedían á la elección del jefe que había de conducirlos al combate, para lo cual se esforzaban los aspirantes al mando, en recopilar la historia de sus hazañas y de los méritos contraídos al amor y respeto de sus compatriotas.—Ceñían sus armas, que consistían ordinariamente en flechas y macanas, una vez terminada la elección, engalanándose con vistosos plumajes, que era el traje militar común á las tribus de su raza. Estas asambleas tumultosas, en las cuales se deliberaba en medio de la embriaguez desenfrenada, de las danzas y el desorden, imprimían á los acuerdos que de ellas emanaban, el sello de la inconstancia inherente á la excitación nerviosa en que los producían. Así, cuando se encuentran durante la conquista y la evangelización, paces rotas, conversiones renegadas, rápidas aceptaciones del Evangelio y subsiguientes asesinatos de misioneros, importa para apreciar tales hechos, tomar en cuenta lo que se ha de permitir llamar las prácticas parlamentarias de los bárbaros. Sobre hechos análogos y á mi juicio mal apreciados, réposan las acusaciones de infidelidad, de astucia, de trapacería, con que antiguos analistas y entre muchos, algunos escritores de la Compañía de Jesús, han confundido frecuentemente la pura raza guaraní con sus diversidades, separadas del tronco común por la tradición perdida y por las costumbres alteradas. Creo para mí que ningún cargo me-

rece menos que el de inconstancia, la raza que vivió dos siglos tranquila, bajo el comunismo levítico de las Misiones del Paraguay.

Si nos fuera dado penetrar á fondo las costumbres de todas las sociedades y de todos los grados de civilización, la historia se despejaría de la mitad de sus misterios. Los monumentos del arte, la filosofía y las huellas de la ciencia aclararían el resto. Los guaraníes del siglo de hierro de la América están probablemente condenados á las tinieblas. Ignorantes de cuanto eleva el espíritu humano, privados del fuego del sentimiento despierto y cultivado en la sociedad, ley de la naturaleza, que se impone en la revelación íntima del individuo é ilustra á la vez la inteligencia; errantes en la desolación móvil, en la patria sin frontera, en el hogar helado de la barbarie, en cada alma naufragaba la esperanza, sin alas á qué confiar el testamento de la conciencia amortiguada en el dolor y la soledad. Ese tesoro de conquistas sobre el mundo ideal de lo bello y de lo verdadero, que enriquece el alma de las generaciones civilizadas; que retempla su alma con el fondo de la inspiración histórica; esa solidaridad del entendimiento del hombre, que encadena sus investigaciones y adelantos y marca su rumbo desde el árbol maldito del paraíso, hasta el torrente de las soluciones cristianas; desde la invocación pavorosa del ave electrizada que presiente la tempestad hasta los resplandecientes destellos del alma de Platón y de Descartes, hasta la varonil victo-

ria de la humanidad, triunfadora con Franklin, sobre el rayo que oprimía la Grecia antigua, blandido por la mano de Júpiter, seño de las anárquicas divinidades de Homero: esa solidaridad, digo, es la que levanta las pirámides y escribe la Iliada, y esa solidaridad faltaba á aquellos pobres salvajes dispersos y sin descanso que no hallaban donde reclinarse bajo la luz de las estrellas, para adivinar la mano que las formó.

Si nos faltan, empero, señores, monumentos de su genio, quédanos su lengua, y ella, desgraciadamente, si bien es como convienen los jueces más autorizados, una de las primeras y más ricas del continente, no hace sino confirmar los juicios que acabo de emitir. Los diccionarios y gramáticas de los idiomas americanos, más que en atención á la importancia de los estudios filológicos, han sido formados para la instrucción de los misioneros. Por consiguiente, incluyen todas las voces exóticas con que los enriquecieron, trasplantándolas del latín, del español y el portugués; por manera que las conocemos bajo la acción transformadora de la conquista. No obstante, están original el sabor de las lenguas primitivas, que es posible descartar de ellas todo lo nuevo, reduciéndolas, aproximativamente al menos, á su natural conformación. La ausencia de formas civiles y de una religión práctica, parecía inconciliable á los primeros misioneros, con la existencia en su idioma de palabras que expresan ciertas ideas abstractas. Esta antítesis ha

pasado en autoridad de cosa juzgada, y diversos viajeros y filólogos la han repetido, deduciendo á porfía que la lengua de los guaraníes era superior á su civilización. Difiero fundamentalmente de este juicio, y creo que al formularlo no se ha reparado en que la concepción de ciertas ideas no va siempre hermanada con el establecimiento práctico de sus consecuencias en la vida moral. Habitados á la luz de la civilización, perdemos frecuentemente de vista el fenómeno que presenta la humanidad por todas partes en materias de lógica social y moral, y nos escandalizamos cuando una tribu salvaje, que apenas discurre, no demuestra en sus ideas y en sus instituciones la inflexibilidad de un raciocinio matemático. La concepción y la aplicación de una idea son dos operaciones diversas del espíritu, que no es justo exigir de las razas bárbaras. Además, no me parece lógico deducir desnivel entre una lengua y la civilización á que corresponde, precisamente en favor del idioma.

La palabra es la expresión del pensamiento, el signo de la idea, y no hay signo sin realidad, como no hay representación sin tipo. Por consiguiente, un pueblo incapaz de alucinación, no necesita ni puede formular una palabra, cuando no tenga una idea que representar ó expresar con ella. De manera que estoy en la verdad, cuando digo que es absurdo el pensamiento de una lengua superior á la civilización, que la engendrará. Puede concebirse más de lo que es posible expresar, pero no se puede expresar más

de lo que se concibe. Si suponemos desnivel entre una lengua y una civilización coincidentes, ese desnivel tiene forzosamente que recaer en ventaja de la civilización, pero es contradictorio afirmarlo en ventaja de la lengua, á menos que no se trate de una lengua heredada de pueblos que hayan desaparecido bajo la conquista ó la absorción de nuevas razas. En esta suposición ese idioma sería un idioma muerto, si por su propia reacción no hubiese comunicado al conquistador las ideas que envolvía porque el lenguaje es á la vez el reflejo del pensamiento y el apoyo del raciocinio. Ningún antecedente histórico, por otra parte, autoriza semejante hipótesis. Los misioneros aprendieron nuestras lenguas con extraordinaria labor y sagacidad, de boca de las naciones que las hablaban. Luego el guaraní era la expresión del pensamiento de su raza. Tan exacto es esto, que los antiguos historiadores eclesiásticos hubieron de recurrir á la intervención sobrenatural, para abonar su aventurado parecer, contradiciéndose singularmente en sus inferencias. Así, el padre García atribuía el desarrollo de la lengua á Satanás que, deseoso de alejar al guaraní del cristianismo, le diera en ella elementos para rechazar por innecesaria la revelación cristiana; al paso que, menos tétrico y más sentidamente inclinado en favor de los indios, el padre Montoya la atribuía á Dios, que se las inspirara para facilitarles la comprensión de los misterios evangélicos. Esta solución, repito, no entra en el fondo de la cues-

tión; es puramente ficticia, y sin asidero aún artificial, para el que rechaza la intervención sobrenatural.

Lo cierto es que el guaraní es una lengua penosamente formada, y enriquecida, no con nuevas palabras sino con voces combinadas, á medida que las necesidades del espíritu lo exigían para manifestar sus impresiones é ideas. Imitativa ú onomatópica cuando expresa relaciones de la naturaleza física, el fondo de la lengua se reduce á un círculo limitado de voces monosílabas, que más tarde han ido combinándose entre sí, aumentado su vocabulario puramente tradicional y mnemónico, hasta formar el idioma en el grado en que lo hallaron y estudiaron los misioneros. Así, por ejemplo, el nombre de Dios se expresa con una palabra compuesta de dos exclamaciones, la una interrogativa, la otra admirativa: *Tupá*. La palabra «suspiro» se dice en guaraní *angho*, voz compuesta del sustantivo *ang* (alma) y del verbo *ho* (ir). Los verbos guaraníes se conservan íntegros en la conjugación. El infinitivo precedido de los pronombres personales y seguido de un adverbio, forma su mecanismo; cuando está aislado puede dársele la colocación del nombre. Los nombres se declinan, intercalando las *proposiciones* entre sus letras radicales y su terminación, y el plural se forma anteponiéndoles la palabra *hetá*. La variedad de notas, que es necesario emitir para expresar el valor exacto y las modificaciones de las palabras, obligó á nuestros antiguos filólogos á in-

ventar un sistema de ortografía, que pudiera representar en sus formas gráficas.

Sin entrar más á fondo en la estructura gramatical de esta lengua, la más extensa acaso de nuestro continente, me contentaré con deducir de las breves indicaciones que acabáis de oírme la consecuencia que, sin duda presentís: el idioma guaraní refleja el espíritu embrionario de una raza naturalmente sagaz, profundamente atrasada, sin embargo, en la vía de la civilización; su ingenio tropieza, y más bien se arrastra que camina: por eso su palabra balbucea, imita, combina, se esfuerza y gesticula como el niño, que no encuentra medio de expresión y la labor que se trasluce en sus sonidos duros y guturales deja una impresión penosa, porque revela el alma luchando brazo á brazo con la obscuridad que la oprime. La poesía que suele admirarse en la onomatopeya de las lenguas primitivas es el signo de su impotencia, que no encuentra expresión, sino en imitaciones serviles. ¡Cuánto dista esto de las soberbias onomatopeyas de Virgilio, cuando el Dios del trueno y de los huracanes, dice á la hija de Júpiter, con las palabras que anidan la tremenda armonía de la tormenta: *Nimborumque facis, tempestatumque potentem!* ¡Cuánto dista de la poesía de la naturaleza como brota de los cantos divinos de Homero, harto más próximo á las primeras edades de la civilización! Y esta impotencia, señores, no es menos visible en sus combinaciones. El nombre de Dios á que me referí hace un momento,

y como notan el B. Alvear y mi ilustrado amigo el doctor Gutiérrez, es «una mezcla de sorpresa, de admiración y de misterio,» *Tupá*, ¿quién eres? ¿Qué otra cosa representa sino el deslumbramiento de una adivinación, que halaga el espíritu, pero no lo vivifica, y en cuyo seno radioso no le es dado penetrar? El cielo poético precede al cielo de la conciencia, como la imaginación al discurso, como la belleza risueña de la aurora á los fecundantes ardores del meridiano.—Pero aun este sentimiento no aparece sino como en relámpagos inesperados, repentinas fosforescencias del espíritu en aquellas naciones, que no alcanzaban ni aun la escala deprimida de una civilización rudimental. Apenas en las tribus que profesaban hábitos sedentarios, podríamos percibir un elemento más favorable para la cultura. Por lo que respecta á la gran totalidad guaraní, era la creación pensante aletargada como en su edad intermedia y amarrada en las tinieblas, esperando el resplandor de su Cristo y de su luz, semejante al león de Milton, cuya cabeza sacudía la melena y estremecía el aire con sus rugidos, adherida aun á la masa confusa é indeterminada de la materia en formación. Tal era, señores, el hombre indígena del territorio argentino. Sobre este elemento venía á obrar la conquista. En la conferencia venidera estudiaremos el espíritu que introducía en su colonización, y los recursos con que lo hacían triunfar.

CONFERENCIA III

Conquista del Río de la Plata.—Adelantazgo de don Pedro de Mendoza. Anarquía. Adelantazgo de Cabeza de Vaca. Gobierno de Martínez de Irala.—Idea general de la conquista. Las encomiendas consideradas como hecho histórico, como institución política y como principio económico.

SEÑORES:

Cupo en suerte la colonización de la América meridional á una nación que en aquella época distaba de encontrarse en aptitud propicia para realizar sus ambiciosos proyectos con rapidez y con acierto.—El Río de la Plata ha sentido en todo su peso la evidencia de tan amarga verdad. La España de Carlos V, estaba oprimida por la gloria de su poderoso monarca.—Las libertades españolas caían una á una á los embates del absolutismo; y venían á converger violentamente en el trono los extensos privilegios de la nobleza feudal, diestra y vigorosamente zapados por los Reyes Católicos, y con ellos los derechos municipales de las ciudades condecoradas, contrapeso